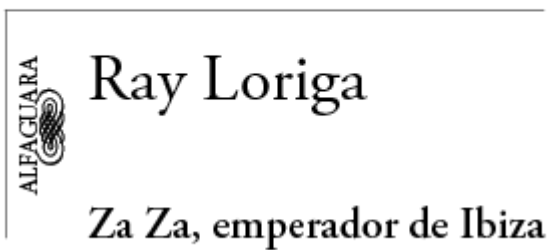


ALFAGUARA



Ray Loriga

Za Za, emperador de Ibiza



Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Va a suceder muy deprisa o nunca](#)

[Un simio feliz](#)

[Za Za, mientras tanto...](#)

[Muerto arriba, muerto abajo](#)

[Muy lejos del río Zawe](#)

[El jardín de la alegría](#)

[Zulema](#)

[Después del diluvio](#)

[Dry en el Dorchester](#)

[Política local](#)

[Condenado](#)

[Maldita niña](#)

[Sexo, drogas y ball pagès](#)

[Por favor, no follar con los monos](#)

[Las moléculas agonistas](#)

[Leviatán](#)

[Zewiss vs. Zlatan](#)

[Un buen abogado](#)

[Zlatan vs. Za Za](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*Para mi padre José Antonio,
para Kay y Willem,
y para Fátima.*

Va a suceder muy deprisa o nunca

Sí que sucedió. Y no nunca.

Sucedió exactamente durante el verano en el que de pronto empezó a llover a cántaros sobre las islas Pitiusas y la tierra empantanada de las cañadas bajaba negra y furiosa hasta el mar e incluso las viejas payesas que saben, o al menos presumen de saber, de dónde ha salido cada rana, andaban desconcertadas. Y Dios sabe lo difícil que es desconcertar a una payesa, o distinguir entre dos ranas.

El Papa acababa de renunciar a lo que se suponga que fuera lo que hacía, pero Za Za, nuestro individuo principal, había perdido la fe mucho antes. Era *junlio* y llovía con inquina.

Tiempo de setas, lo llaman los ancianos de las islas.

Llueven ratas, que diría Za Za.

Cuestión de isobaras... o tradiciones. O política local. O emociones. Subjetivo en cualquier caso.

También afectó a la moda. Y hasta hay quien jura que el yate de un modisto italiano zozobró.

Como bien sabe, o debería saber, cualquier costurera, alrededor de un botón no muy bien hilvanado puede y quiere crecer una jungla. O una tormenta. O el fin del mundo.

Aviso a marineras y costureras y a marineros y costureros, y en general a gente de bien: «Lo llamaban Leviatán porque era un monstruo (Dios lo hizo) y porque no tenía pareja (Dios se la quitó), y de su piel se haría un toldo con el que cubrir a mil comensales, y de sus entrañas una cena para todos los justos».

Sigamos con lo que íbamos.

A las 17.30 del 16 de junio (junio y julio se habían fundido recientemente en un solo mes por culpa de los recortes estructurales y las ampliaciones fiscales), festividad, en cualquier caso y todavía, de Nuestra Señora del Carmen, patrona de los marineros, empezó el diluvio, rugió el viento y se movieron las barcas. Cundió el pánico, y no era para menos. Se encharcaron los prados, falló el drenaje, rebosaron las cloacas y las piscinas, se fundieron las luces de las discotecas, se calló el DJ, y hubo al menos siete muertos en las islas Pitiusas, no todos ellos ahogados. No todos ellos culpables.

Las tormentas de verano casi nunca se ven venir de lejos, por eso primero sorprenden, luego refrescan y al final, si son violentas, y las tormentas tienden a serlo, asustan.

En cualquier caso (que es una de esas expresiones que no significan nada pero da gusto decir, e incluso repetir), si quieres saber lo que pasa en una isla, pregúntale a un pescador. Cuando la televisión dio por fin con un pescador nativo entre la flota de turistas, tunantes, tahúres, prostitutas, *hooligans* y falsos patrones de yate, el pescador nativo no pudo sino confirmar los peores presagios.

Lo que le preguntó la reportera de televisión al pescador, agitando de manera incongruente las manitas (como hacen siempre, y sólo Dios sabe por qué, las reporteras), no tiene demasiada importancia. Sí es importante, en cambio, la respuesta del susodicho pescador (quien, por cierto, no se molestó en sacar las manos de los bolsillos de su impermeable).

Habla ahora el pescador:

«Los barcos se agitan en el puerto, pero no se mueven del puerto, y eso siempre es mala señal.»

A lo que la reportera ni quiso ni supo añadir nada. Se limitó a devolver la conexión (otra expresión absurda del presente) y, después de las noticias del tiempo, vinieron por fin los deportes.

A veces, para saber cuánto llueve no hay que mirar al cielo, sino al suelo.

Son los charcos los que intuyen o confirman el diluvio, las verdaderas vísceras parlantes de Dios sabe qué futuros.

O Dios sabe qué pasados.

Dos días antes, Zacarías Zaragoza Zamora, alias Za Za, dudaba entre dos camisas en una de esas falsas tiendas de moda que abundan en el puerto de Ibiza (la ropa devuelta de toda Europa se vende aquí como si fuera de la próxima temporada). Ni que decir tiene que nadie en su día le dio importancia a la absurda obsesión de este tal Za Za por encontrar las siete diferencias entre dos camisas aparentemente idénticas. Ni siquiera él.

Hay una tendencia equivocada que nos impulsa a separar la historia del detalle, pero como bien sabe, o sabía, el primer pollo muerto bajo el peso de un fornido paracaidista de la RAF llovido del cielo veintiséis horas antes del desembarco de Normandía, esta línea historiográfica ha demostrado más de una vez su ineficacia. Por cierto, que el paracaidista que mató al pollo se llamaba William Hosbit, pero debido a este extraño accidente pasó a figurar en los márgenes de la historia con el nombre de Bill *Chicken* Hosbit. (Este dato, por supuesto, puede ser comprobado.) En fin, como dijo Walter Bazauck, jefe de radiotelegrafistas de la línea de defensa alemana en los territorios ocupados, «Cuando una bota enemiga aplasta por sorpresa a un pollo, es que algo está pasando» (y no sólo le está pasando al pollo, cabría añadir). Nadie le hizo caso al bueno de Walter Bazauck, y así es como se unen siempre el detalle, la sorpresa, la desgracia y la historia. Hay quien lo llama destino.

El caso es que Za Za estaba dudando entre dos camisas muy similares en el puerto de Ibiza, y mientras comprobaba la deficiente costura alrededor de los botones (puede que los niños chinos ya no sepan coser o puede ser que se hayan cansado), el mundo había cambiado tanto que Za Za no sabía qué pensar. El puerto era el mismo pero abierto a

un mar diferente, yates similares pero viajeros extraños. Otra época. Otro futuro.

Antes, es decir entonces (hacía menos de seis años en realidad), el barril de petróleo costaba seis veces más que ahora, es decir que entonces, es decir antes, las cosas iban mejor, sobre todo para los productores de petróleo. También la cocaína era más cara hace una década, y por aquel entonces —que es a todas luces un entonces ya muy lejano— los cocineros sólo eran famosos en Francia (es de suponer que a falta de otros famosos). Frente a ese mundo distinto que es el pasado reciente, sorprende ahora recordar que un grupo, un dúo en realidad, llamado Everything but the Girl tenía un disco en el mercado que incluía una preciosa canción: «Missing (Like the Deserts Miss the Rain)», que parecía el principio de algo, pero que sin duda era el final.

A menudo los icebergs flotan invertidos.

Hay un entusiasmo muy peculiar que sólo acompaña al final de todas las cosas, como esos amigos íntimos que sólo se abrazan en los funerales.

El brillo negro del combustible sobre el agua del muelle es el mismo bajo cada embarcación, pero su valor es otro. Las cenizas de la matanza (las torres, los trenes, los mercados, los hoteles, el campo sembrado, las escuelas), y el rumor de la venganza-matanza posterior (las torres, los trenes, los mercados, los hoteles, el campo sembrado, las escuelas) y sus respectivas cenizas vuelan todavía.

Huele a un humo muy lejano.

Cada tirano y cada santo (y cada amante) improvisan un calendario. El año cero, el día uno. Hoy.

Ayer de pronto está muy lejos. Muy lejos queda Manhattan, muy lejos Kabul y más lejos aún las mujeres muertas de Ciudad Juárez, los monstruos de Chernóbil, el intento de asesinato que perpetró Tonya Harding, campeona mundial de patinaje artístico. Muy lejos todas y cada una de las desgracias. ¿A quién exactamente se le ocurrió esta estúpida idea de compartir las desgracias? A la CNN seguramente, y cabe pensar que pagarán por ello lo que cobraron an-

tes, si no lo han pagado ya, en forma de multimillonarios contratos de publicidad que ahora disfrutan la Fox, *The Huffington Post* y el resto de la prensa honestamente sensacionalista.

Mientras tanto, la razón por la que existe el resto del mundo (ese mundo tercero) permanece inalterada. Ningún campo se puede permitir el lujo de no ser sembrado de opio, o de planta de coca, o de grifa o de hash, ningún niño descalzo crece sin la idea de salir al comercio de lo real en el mundo real. Y sobre todo sin la idea de estar por fin calzado.

La razón que ha sujetado el mundo (cualquiera de los tres mundos) y su historia nunca ha variado, y radica precisamente en la expansión del expolio, no de la pena.

El último, y tal vez el único negocio rentable de la pena se llama catolicismo y ya tiene dueños (a pesar de las recientes renunciadas, o gracias precisamente a ellas). El negocio de la alegría, es decir, el narcotráfico, es aún más rentable que el mercado de la ropa deportiva y que el expolio de la fe y, al contrario que en el Vaticano, sus dueños cambian todo el tiempo sin ruido, como cambia cada día en silencio el moribundo sueño americano. Dicen que un verdadero maestro zen (no los hay de otra clase, son todos verdaderos) puede acertar al centro de la diana con una flecha en la más completa oscuridad. Así lleva acertando la ambición desmesurada pero fértil, desde el principio de nuestros días, en el centro de las pupilas de los ambiciosos pero fértiles muchachos que somos. Aunque también puede ser que el dichoso maestro zen aproveche la oscuridad para clavar con la mano la flecha en la diana, sin que nadie lo vea. Sin arco ni nada, midiendo la distancia entre el borde de la diana y el centro con sus dedos. Cualquier medida sirve cuando se acierta, y el mismo elogio se le puede regalar al más siniestro de los métodos si es que termina por clavarse en el centro exacto de sus oscuras intenciones.

Más sobre este particular en las páginas siguientes.

Volviendo a Za Za y las dichosas tiendas de moda del puerto de Ibiza:

El bueno de Za Za sujeta las camisas a contraluz, buscando un defecto alrededor de sus botones que las diferencie.

Conviene aclarar que ni a Za Za ni a nadie le importa realmente cómo y con qué empeño se cosen los botones (ni qué niño chino los cose, ni con qué fe, para el caso), pero cuando uno no encuentra a qué agarrarse se agarra a cualquier cosa. O se agarra, si es posible, al hilo de lo que cose, fuertemente o no, lo insignificante.

Cualquiera, alejado de su condición, es un extraño.

Za Za también.

Digamos que un hombre nuevo y negro que brilla como el petróleo sobre el agua conmueve al planeta y arrastra las esperanzas imprecisas de cada ciudadano y los miedos precisos de cada sistema, y que todo ha variado, a la sazón, su aspecto (menos el óxido de las viejas construcciones), y que, a pesar del óxido y el líquen bajo el agua, el orden de cada cosa ha sido alterado, al menos en su apariencia, y digamos que a pesar de los pesares, cada individuo sin más número que el propio es capaz de recordar, y que muchas cosas nuevas parecen idénticas a las obligatoriamente memorizadas, mientras las noticias nos informan de que las cosas que parecen iguales ya no lo son y la palabra SORPRESA se repite con obsesiva desmemoria.

¡Vaya usted a saber!

Ese hombre negro que viene a cambiar el orden natural de las cosas (al menos en Ibiza) no es Obama, y conviene decirlo para evitar malentendidos, sino el eminente neuropsicólogo Zlatan Zalkenberg, fundador de la clínica Zalkenberg, dedicada a la reordenación de trastornos criminales, sita en Raspberry Road 1557, Stantia, Sudáfrica, vieja tierra de bóeres. Pero de esto hablaremos también mucho y largo y luego. Ya que éste, y no otro, es el corazón de nuestra historia.

Suena «Love Spreads» de los Stone Roses en alguna de las terrazas del puerto, o seguramente sólo en la cabeza de Za Za.

El sonido preciso de su propio pasado le confunde aún más que el rumor de lo nuevo. Los recuerdos se amontonan hasta formar una pira funeraria. Vienen y van los recuerdos, sin ton ni son, y campan a sus anchas.

Londres y el viejo Za Za, por entonces mucho más joven, arremolinado entre los críos modernos en el Shepherd's Bush Empire, una de las incipientes catedrales del rock de vanguardia de principios de los noventa, durante un concierto de Teenage Fanclub. El Groucho Club del Soho, lleno de inocentes reyes del arte del mañana, Damien Hirst y Tracey Emin en pañales, mientras el fantasma de Francis Bacon sigue caminando todavía (¿fresco?) por Madrid. Concierto de Royal Trux en el Mercury Lounge de Nueva York, ¿o era el Bowery?, *sashimi* en mesas de corian blanco (material para decoración doméstica, carísimo, y tal vez por eso muy apreciado por los esnobs), entre filas y filas de ropa que nunca estará de moda (la moda nunca está de moda), adolescentes disfrazadas de empleadas del hogar sujetando cigarrillos Virginia Slims entre sus dedos, con las manos cubiertas por guantes de fregar amarillos en las calles de Tokio. 1990, Berlín unificado o empujado por píldoras militares y desfiles civiles, al son de la vieja guardia del rock decadente (Pink Floyd, sin ir más lejos), la arrogancia de la enésima juventud triunfante chocando contra las rocas testarudas de la historia. Una ensalada diabólica, se coma como se coma. Mejor no comer, pero algo hay que comer...

Mejor olvidar.

Pero algo hay que olvidar.

Todo lo que conocía Za Za ha muerto.

O eso dicen.

Bienvenido a Estos Días.

Estos Días es el tiempo de ahora con la información de antes, sin futuro todavía.

El musgo pegado a un tiempo que no es tierra firme ni está del todo sumergido.

Cualquiera puede ser un ciudadano ilustre en Estos Días, aunque se llame Za Za y sea un extraficante de cocaína y viva (si se le puede llamar vivir a este inane retiro) en Ibiza. Tampoco hay que dramatizar, hay mucha gente que es ex cosas peores y vive en sitios mucho más feos. Estos Días son la tierra de los nuevos soldados, aquellos que aún no han hecho el daño suficiente, y la tierra de los viejos criminales que no han muerto todavía ni han sido aún juzgados.

Fantasmas ociosos, los unos y los otros.

Pero ésta es la historia de Za Za, exdealer, jubilado y futuro emperador de Ibiza.

Y para empezarla bien, hay que hablar antes de un mono.

Un simio feliz

En ese preciso momento, un simio feliz terminaba de desayunar. Lo cual no es tan normal como parece. Que desayune un simio sí es normal, entiéndase, todos los simios, si pueden, desayunan y dan a su manera simiesca gracias a Dios, por más que no sea el simio —este simio, cualquier simio, e incluso el mejor de entre los simios—, específicamente consciente del horario, de la tradición o las costumbres que antecedieron y formaron la razón de sus comidas ni de la verdadera importancia de su nutrición. Tampoco, y para el caso, hay simio alguno que sepa nada de Dios. Ni habría que pedirle tanto a un simio. Poco (nada en realidad) le importa a un simio lo que le exijan, o le pidan, o hagan o deshagan sus dioses...

El asunto es que el simio estaba la mar de contento y lo sorprendente es que un simio, cualquier simio o este simio en particular, sea feliz, comiendo o sin comer, andando o sin andar, cazando o sin cazar, soñando o sin soñar, sintiendo o sin sentir, gane el Madrid o el Barça, lejos del cuidado de su madre y del ejemplo de su padre, sea zurdo o diestro, querido o ignorado, con jungla y sin ella. Y que sea feliz, además, a pesar de su herencia, y sin noción de la patria, sin conocimiento de su propia naturaleza y sin ninguna idea precisa acerca de su entorno. Lo extraño y lo magnífico es que un simio esté contento porque sí, y a pesar de todo lo que le han robado... precisamente por no ser más que un simio. En fin, que es normal que un simio desayune alegremente. Lo que no es tan normal, y eso ya lo saben (y si no lo saben lo intuyen), es que un simio sea feliz, lo que se dice feliz, lo que hemos consensuado en aceptar como felicidad, sin hacerse preguntas que un simio no puede

contestar, sin admitir respuestas que exceden con mucho su capacidad simiesca. En una palabra: ¡Feliz!

De eso se puede sacar dinero. Y mucho.

Y esta vez, y he ahí la magnitud de la sorpresa, el simio no es feliz precisamente por el mero hecho de haber copulado, que también, sino feliz de otra forma, de una extraña manera, feliz por así decirlo más allá de lo que obliga el placer. Esa felicidad más allá del placer es la que es, o debería ser, asunto de estudio. Esa felicidad es precisamente la que trae locos, y de alegría, a los neuropsicólogos del Instituto Zalkenberg, sito en Sudáfrica y asociado a la muy respetable cátedra de neuropsicología de la Universidad de Cape Town. Esa felicidad es la que puede dar mucho dinero. Eso lo sabe de sobra el doctor Zalkenberg, y empieza a intuirlo la doctora Zewiss. ¿Que quién es la doctora Zewiss? Pues una joven guapa, brillante y siempre aventajada: primera de su promoción, ojito derecho del pícaro Zalkenberg, amante ocasional del eminente patrón de esta empresa, heredera de una fortuna conservera, sofisticada pero ingenua, elegante a la manera de las chicas del internado Hunter para señoritas, ligera de cascos según sus compañeros, una zorra según sus colegas, una desagradecida según su madre, una monería según la docta opinión del propio Zlatan Zalkenberg, una chica de hoy en día según el criterio privilegiado de la propia doctora Zewiss.

Ahora mismo va a hablar la doctora Zewiss.

Escuchemos:

Lástima que no esté aquí el doctor Zalkenberg para verlo, dijo la ayudante del doctor Zalkenberg, Inma Zewiss, doctora en neurología veterinaria.

No creo que le importe, respondió el profesor Symon, él todo esto ya lo sabe. Su metodología es tan perfecta, tan precisa, tan... cómo decirlo... iluminada, su espectro experimental tan consistente, tan riguroso, tan concluyente y a la postre tan arbitrario, que ya ha vendido la fórmula sin esperar siquiera a los resultados finales del experimento. Supongo que es lo que separa a los elegidos de los eternamente ignorados...

Noto cierto poso de ironía en sus palabras, profesor.

¿Ironía? En absoluto. Sólo desdén.

A todo esto, el mono sonreía, como casi siempre, y es más, de cuando en cuando, y sin motivo aparente, reía, y mucho, con carcajadas tan sonoras que hasta los barrotes de su jaula se sentían amenazados.

Estaba hecho un King Kong el animalito.

Este mono ya no está aquí, concluyó el profesor Symon. Este mono está por encima de nosotros y lo sabe.

Habría que ponerle un nombre, dijo la doctora Zewiss emocionada.

Ya lo tiene: sujeto Z-513, respondió Symon.

Me refiero a un nombre bonito, como esos que dan los astrónomos a las estrellas.

O los meteorólogos a los huracanes.

Usted ya me entiende, profesor Symon.

La entiendo, querida, y no se preocupe por nada, que este simio feliz ya tiene nombre; se lo puso el doctor Zalkenberg antes de ir a hacerse rico con la fórmula de su maldita droga de la felicidad.

¿Cómo se llama?

Se llama Zaza, como la droga de la felicidad. Se iba a llamar Zlazal, por Zlatan Zalkenberg, claro está, pero nuestro ilustre doctor, que no es ajeno a las reglas del mercado, decidió con buen criterio que resultaba muy difícil de pronunciar en cualquier idioma, y por lo tanto poco comercial, así que se quedó en Zaza.

Es pegadizo, dijo la doctora Zewiss mirando al mono feliz con cariño e incluso con profunda admiración, y quién sabe (los ojos de una neuróloga veterinaria sudafricana son indiscifrables) si a lo mejor con una punzada de deseo.

Pegadizo y pegajoso, como la felicidad misma, concluyó el profesor Symon, tal vez sólo movido por la envidia.

A usted no le cae muy bien nuestro patrón y mentor. ¿Me equivoco?

¿Cómo me va a caer bien! Se acuesta con todas las mujeres de por aquí, incluida usted, nos paga una miseria y después abandona la ciencia y a todos aquellos que la guardan